



Woodrow Wilson  
International  
Center  
for Scholars

*Latin American Program*

**Prepared for the conference**

**“Common Crime and Organized Crime in Latin American Cities:**

**Commonalities and Differences”**

**Woodrow Wilson International Center for Scholars**

**Washington, D.C.**

**May 19, 2010**

**Resumen**

**Crimen organizado y crimen común:**

**Como el PCC se relaciona con los criminales callejeros**

Guaracy Mingardi

En este artículo, Guaracy Mingardi explora la relación entre la organización criminal *Primeiro Comando da Capital* (PCC), cuyo ámbito de acción es el estado de Sao Paulo en Brasil, y el crimen común.

El PCC es una de las tantas organizaciones criminales que actúa desde las cárceles de Sao Paulo; pero es sin duda más grande y más poderoso que la suma de sus rivales. Este grupo se formó en 1993 dentro de una prisión y por mucho tiempo fue vista solamente como una asociación más de presos. Sin embargo, poco a poco fue ganando seguidores utilizando un discurso sindical y de compañerismo: los presos no pueden ser enemigos entre sí, el enemigo común es la administración penitenciaria. Para 2001 habían adquirido tal fuerza que llevaron a cabo una mega rebelión en 28 cárceles. En 2003 volvieron a hacer noticia cuando asesinaron a un juez y, dos meses después, cuando atacaron bases de la Policía Militar y comisarías. El autor señala que para 2006 esta organización ya era bien conocida por el Estado que, sin embargo, optó por hacer básicamente nada para erradicarla.

Para Mingardi, las primeras reacciones del Estado fueron, en pocas palabras, ignorar la realidad, negar su existencia. Otra respuesta se podría resumir en la frase: “esto no es Río de Janeiro”. El objetivo era hacer creer a la población que las fuerzas del orden en Sao Paulo —a diferencia de las de Río de Janeiro— estaban en capacidad de controlar el problema. La actitud fue tratar cualquier noticia sobre el PCC como si hubiese sido fabricada por rivales políticos. Y, la inteligencia policial, como de costumbre, se acomodó a las decisiones del gobierno.

Además, dice el autor, cuando finalmente el Estado comenzó a actuar, no hizo sino cometer graves errores. Transfirió a los líderes de la organización a otras prisiones. Querían aislarlos en las cárceles más lejanas; lo que en buena cuenta contribuyó a que el PCC consolidara su fuerza en todo Sao Paulo. Otro error fue abordar el problema como si éste pudiese ser controlado con marketing eficiente, declaraciones rimbombantes y/o medidas de impacto. Entre ellas, utilizar grupos policiales para eliminar cabecillas y desalentar la filiación al PCC, modelos de represión ilegales e insuficientes.

Al mismo tiempo, el Estado no supo enfrentar la corrupción dentro del sistema penitenciario o en la policía. Y eso sería clave para las futuras relaciones entre el PCC y las fuerzas de seguridad, pues como sostienen los expertos en seguridad, las organizaciones criminales necesitan estar

próximos al aparato estatal para garantizar su sobrevivencia. Necesitan protección. La consiguen de dos formas, con dinero o a través del clientelismo. En el caso del PCC uno de los factores que más contribuyó a su crecimiento fue la corrupción.

Para entender el PCC, lo primero tenemos que tener en mente, explica Mingardi, es que se trata de una organización criminal que nació en las cárceles y que sus fundadores están muertos o presos. Por otro lado, el autor enumera cinco características, que suelen diferenciar al crimen organizado del crimen común: jerarquía, voluntad de lucro, división del trabajo, planeamiento empresarial y simbiosis con el Estado.

Es importante para una organización de este tipo tener una fuente de poder. En el caso del PCC esa fuente es el sistema penitenciario: controla entre 70% y 80% de las cárceles. Los presos comunes dan contribuciones. También es en estos espacios en donde consiguen la mayor cantidad de miembros.

La organización tiene, a grandes rasgos, dos tipos de integrantes. Uno, los “hermanos”, aquellos que han sido bautizados —por un complejo ritual— y que son parte de una cadena de élite. Para poder ingresar al “partido”, como le llama el autor el aspirante debe ser presentado y tener un padrino. Dos, los partidarios, la mayoría. Son la masa. Si bien los deberes y beneficios de ambos grupos son distintos, están sujetos a la misma ley, cuyo artículo principal es una suerte de “voto de silencio entre mafiosos”. Además, todos deben cooperar de manera “voluntaria” o comprando rifas. Para los presos esta cooperación significa estar dentro de la ley, estar bajo la protección del PCC.

En cuanto a los líderes, son como directores: cada uno es responsable del control de uno o más penales, o de algún área como finanzas o comunicaciones, etcétera. Son pocos aquellos que se encuentran fuera de prisión, pero su rol es intercambiar información. Por lo general se comunican a través de celulares, lo que les permite mantener contacto con la cúpula, que se encuentra presa. Entre los llamados hermanos, también hay quienes ocupan rangos inferiores. Realizan desde trabajos serviles como cocinar en la prisión hasta actividades como la gestión de centrales telefónicas ilegales, para comunicarse. Otros se encargan de mantener el orden en los distritos de las cárceles.

Con ello, en las cárceles todo interno tiene su rol y debe cumplirlo respetando todas las normas y jerarquías impuestas por el PCC. Los guardias casi nunca entran a los patios o a las celdas. El control que la organización ejerce sobre la población penitenciaria es implacable. Se encargan desde de la organización de actividades de esparcimiento hasta de la distribución de comida, pasando por censurar las cartas que escriben los presos.

Mingardi señala que desde finales de 2006 el PCC ha mantenido un perfil bajo. Esta situación, para muchos expertos, es posible solamente en la medida en que el Estado no presiona a los líderes y les da carta blanca para seguir controlando las cárceles. En la práctica, esto refleja el grado de corrupción dentro de los cuerpos de seguridad y, bien entendido, dentro del sistema penitenciario. Además el PCC estaría creciendo: ganando fuerza en las calles, intentando monopolizar el tráfico de drogas en Sao Paulo. No obstante, señala el autor, es importante tener en cuenta también que el PCC no domina todo el narcotráfico de Sao Paulo; o que tampoco controla las actividades cotidianas de los delincuentes comunes; y que su poder fuera de Sao Paulo es bastante más débil de lo que parece.

Las calles, para Mingardi, son un contexto bastante más complejo. Muchos delincuentes no tienen nada que ver con la organización. Sin embargo buena parte de ellos paga una contribución al PCC

o tratan de mantener buenas relaciones. El autor da dos motivos para ello. Uno, en la medida en que todo criminal profesional sabe que tarde o temprano será arrestado; es consciente de la importancia de una relación amistosa con la organización, una garantía para un buen recibimiento en la cárcel. Dos, por el poder que la organización ha ganado durante el último tiempo: los traficantes, por ejemplo, con cada vez más cooptados por el PCC, sea por persuasión o amenaza.

Ahora es importante tener en cuenta que la realidad de Sao Paulo no es la misma que en Río de Janeiro. En este caso, los habitantes no están sometidos al jefe del tráfico local. En Sao Paulo lo que impera es la venta al por menor, la distribución. Los minoristas son grupos pequeños que sólo colaboran esporádicamente con el PCC. Sin embargo, advierte Mingardi, con una ofensiva del PCC esta situación podría cambiar.

El otro segmento de la criminalidad, el ladrón común, es más independiente. Según en donde hayan cumplido su pena, estarán ligados o no a la organización. Cuando salen libres su contribución es eventual o rompen relaciones, pues en la cárcel eran sólo parte de la masa. Para el PCC los crímenes “baratos” no valen la pena. Lo que interesa es controlar los lugares en donde venden drogas para expandir su influencia y el tráfico de armas. También priorizan grandes robos como a condominios de lujo, bancos y demás que dan mucho dinero.

Ahora ellos no controlan todas estas acciones. Muchas son realizadas por grupos independientes que sólo mantienen una relación cordial con el PCC o que no están tan subordinados a ellos. Pero a medida que el poder de la organización crece, los independientes están cada vez más presionados para ingresar e, incluso, para convertirse en hermanos. Así se relacionan cada vez más los ladrones con la organización.

El PCC también tiene un sistema de castigos, tanto de miembros de la organización como de personas externas, comerciantes, traficantes, entre otros. Van desde penas simples y multas hasta la muerte. Estas decisiones las toman los directivos o mandos de la organización. Muchas veces por medio de conferencias telefónicas ya que, por lo general, están presos. Para el autor, si bien se trata aún solamente de casos aislados, esto es alarmante en la medida en que refleja cómo los delincuentes van apropiándose gradualmente de las funciones del Estado y ganando terreno en la vida de los residentes de las zonas que controlan.

La prensa suele hablar de la penetración del PCC en otros estados brasileños e incluso en países del Mercosur. Para el autor, no se trata solamente de una fantasía de los medios; sino que termina por convertirlos en ídolos de todos los presos de país. Sobre todo cuando después de 2006 muchas bandas de menor envergadura empezaron a copiar al PCC u otras actúan como si fueran una suerte de franquicia del PCC, sin serlo.

El autor señala que las organizaciones parte de la cadena del PCC a veces terminan por fragmentarse ya que cada una tiene una agenda particular: enemigos, principalmente diferentes aparatos represivos estatales, y pasan por situaciones distintas. Por otro lado, hay que recordar que una de las fortalezas del PCC son los sindicatos de presos que va formando en cada prisión, en donde exigen reivindicaciones diversas. Algunos, por ejemplo, piden la disminución de la población carcelaria, pues muchas cárceles han sobrepasado ya su capacidad. Otros, reclaman por la lentitud del sistema judicial que mantiene a un sinnúmero de presos esperando juicio durante años.

Para concluir, Mingardi señala la importancia de analizar y entender, por más complicada que pueda parecer, la relación entre la delincuencia común y el PCC, sus diferentes componentes, formas de interactuar y cómo va evolucionando. También quiere dejar claro que la historia del

PCC no es la historia del crimen en Sao Paulo. No obstante, advierte, que si no se tiene cuidado, la combinación entre la organización y el crimen común podrían terminar por crear un monstruo difícil de vencer.